

Abuela cuéntanos un cuento

Sobre los
animales salvajes

TONY WOLF



PANAMERICANA
EDITORIAL



Abuela, cuéntanos un cuento

—Abuela, ¿nos cuentas un cuento?

—¡Primero terminen su cena, mis pequeños, luego, si se van derecho a la cama sin perder tiempo, ¡les contaré un cuento! —dijo la abuela osa a sus doce pequeños nietos.

—¡Oooh! Abuela, ¿qué cuento nos vas a contar?

—Voy a contarles todo sobre los animales que conocí mientras viajaba hace muchos años cuando era una osa joven, tal como ustedes ahora. Conocí animales de todo tipo, como Mono, un chimpancé loco y Coco, un cocodrilo que contaba muchos cuentos...





Una sombrilla para un elefante

—¡Hace mucho calor! —se quejaba mamá Elefante con su marido Tobías—. Pronto nuestro hijo nacerá y me gustaría tener algo de sombra donde descansar y alimentarlo.

—Infortunadamente, querida, aquí en la sabana hay muy pocos árboles, pero encontraré la forma de refrescarte, ¡ya lo verás! —respondió Tobías con cariño.

—¡Mientras tanto,

te refrescaré con una ducha! —dijo dirigiéndose al estanque, y regresó algunos minutos después con su trompa llena de agua helada, que derramó sobre la cabeza de su esposa, en una deliciosa ducha.

—Ahora voy a dejarte —le dijo— pero regresaré pronto. Después de caminar algunos kilómetros, llegó a una villa desierta. Allí había casas de barro, pero eran muy pequeñas para que entrara un elefante.

“Estos techos de paja me dan una idea...”, pensó, y

con su trompa agarró uno de

ellos, lo haló y lo separó del resto de la construcción.

—¡Ahora voy a buscar un bonito árbol con un tronco bien derecho! —dijo contento.

Al día siguiente, el refugio para mamá Elefante estaba listo y era hermoso.

—¡Es encantador! —exclamó contenta—. Ahora con seguridad, el bebé y yo estaremos muy frescos.



6



Rafaela, la Jirafa

Rafaela era una jirafa parlanchina. Nunca podía callarse cuando era necesario hacerlo. Un día, por ejemplo, desde lo alto de su largo cuello, había visto un bosque de acacias con brotes tiernos. En lugar de salir corriendo a mordisquearlos, se lo contó a todos:

—¡Gracias por la información, Rafaela! —había dicho el Rinoceronte; al cabo de unas horas, del pequeño bosque no quedaba más que alguna rama desnuda y pisoteada.

Las otras jirafas estaban desesperadas: —¡Esa chismosa nos perjudica. Dentro de poco, no nos quedará nada bueno que comer!

Así, cuando sus compañeras encontraron un nuevo lago

de agua lluvia donde saciar su sed, lo tuvieron bien en secreto. Pero claro, no podían dejar a la pobre Rafaela sedienta en ese ardiente mes de julio. ¿Qué podrían hacer?

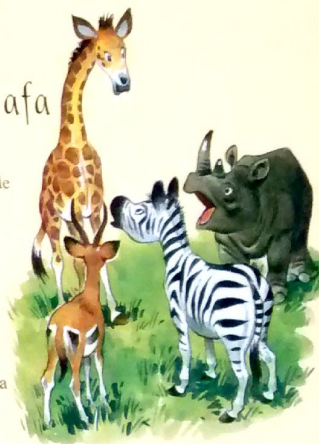
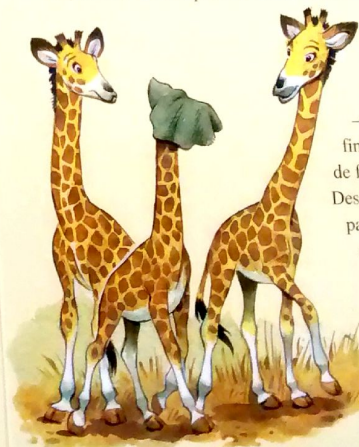
—¡Te llevaremos a beber con nosotras! —dijeron finalmente a la jirafa parlanchina—. ¡Pero lo haremos de forma que la cosa quede en secreto!

Desde aquel día, cada vez que la manada se desplazaba para beber o comer, le ponían a Rafaela un gorrito que le cubría los ojos.

—¿En dónde estuvieron? —preguntaban con curiosidad las cebras y los elefantes.

—¡Se lo diría, si pudiera! —respondía Rafaela.

—¡Pero realmente no lo sé!



7



Carlitos, el explorador

En una fría playa del Polo Sur vivía una colonia de pingüinos. Los polluelos, recién salidos de los huevos, permanecían cerca de sus padres, para sentirse seguros y calientitos. Todos menos Carlitos, el más pequeño.

—¡En esta playa hay tantas cosas para ver! —decía a sus hermanos y primos—. ¡Miren esos escollos llenos de cuevas! —Quiero descubrir qué cosas esconden!

—¡Qué valiente eres! —le decían sus amigos. —¡Nosotros no entraríamos nunca en esos huecos oscuros!”, pensaban los demás polluelos.

—¡Más que valiente, eres muy curioso!

—le gritó el León Marino—. ¡Mira que el mundo está lleno de peligros!

Pero Carlitos no hizo caso y se escabulló en una cueva, donde encontró un nido lleno de huevos. “¿Cuándo nacerán estos pingüinos?”, pensó. “¡Me muero por verlos! Su mamá se pondrá feliz si los caliento un poco”.

Y diciendo esto se recostó sobre el nido. ¡Pero hubiera sido mejor no hacerlo! Con un gran estrépito y batir de alas, un enorme pájaro entró en la cueva y sacó a picotazos al curioso pingüino.

Así Carlitos aprendió que de los huevos no salen solo pingüinos.

8



Rayitas, el tigre miedoso

En toda la jungla no existía un pequeño tigre más miedoso que Rayitas. Cada vez que veía moverse las ramas de un arbusto, así fuera sólo por un soplo de viento, corría a esconderse entre las patas de mamá.

—¡Un tigre tiene que ser valiente, Rayitas!

—le decía ella.

—¡Un día serás el príncipe de la jungla. Los otros animales tendrán que temerte y respetarte!

—añadía su papá.

Rayitas se avergonzaba, pero no sabía que hacer.

Tapy, el tapir, su mejor

amigo, lo consolaba diciendo: —Yo creo, que tienes miedo porque todavía no te has encontrado frente a un verdadero peligro. ¡Vamos juntos a la jungla: pondremos a prueba tu valor!

Los dos amigos se despidieron de sus padres

y se adentraron en los espesos matorrales. Al poco rato, de lo alto de un arbusto,

cayó una enorme serpiente, que enrolló al pobre tapir, tratando de estrangularlo.

—¡Suelta a mi amigo! —gritó Rayitas y sin pensarlo dos veces mordió con fuerza la cola de la serpiente quien, soltando la presa, regresó espantada a su refugio entre las ramas.

—¡Tenías razón Tapy! —dijo Rayitas a su amigo quien le agradecía haberlo salvado.

—Ya descubrí que, cuando es importante, yo también puedo ser valiente. ¡Y no hay nada más grave que un amigo en peligro!

9

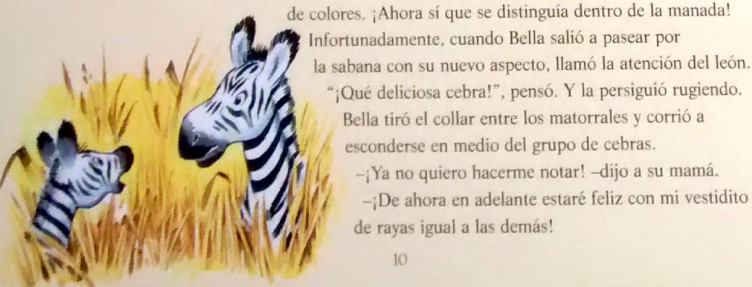


El collar de Bella



—¡Uff, no me gusta nada este vestido con rayas blancas y negras! —se lamentaba Bella, una joven cebra con la piel brillante y una crin muy bien peinada.
—¡Me siento con uniforme! ¡Nos vemos todas iguales! Cómo me gustaría tener una piel con puntitos, cuadritos o florecitas...
Su mamá, triste al verla siempre de mal humor, le pidió consejo a los monos que vivían sobre los árboles.

—¡Cuando retoñen las flores, haremos una guirnalda para Bella, así estará contenta! —respondieron los monitos. Para su cumpleaños, en primavera, la vanidosa cebra tuvo su collar



de colores. ¡Ahora sí que se distinguía dentro de la manada! Infortunadamente, cuando Bella salió a pasear por la sabana con su nuevo aspecto, llamó la atención del león.
“¡Qué deliciosa cebra!”, pensó. Y la persiguió rugiendo. Bella tiró el collar entre los matorrales y corrió a esconderse en medio del grupo de cebras.
—¡Ya no quiero hacerme notar! —dijo a su mamá.
—¡De ahora en adelante estaré feliz con mi vestidito de rayas igual a las demás!



Bruno y las abejas



Como todos sus semejantes Bruno, el oso más grande del bosque, enloquecía por la miel.
—¡Aléjate de nuestro panal! —le advertían zumbando las abejas.
—¡Esta deliciosa miel es para nuestra reina, no para ti! Bruno temía a las abejas, así que rondaba cabizbajo el árbol del cual colgaba la casita llena de miel. Llegó el final del verano con los

primeros temporales. Un día el viento se puso a soplar fuerte, tan fuerte que sacudía los árboles.

—¡Auxilio! —imploraban las abejas.

—¡Nuestro árbol se está doblando, las raíces van a ceder!



Bruno acudió presuroso y con su robusta espalda sostuvo el tronco del árbol, contrastando la fuerza del viento.

—¡Ánimo! —gritaban las abejas—. ¡Tú puedes lograrlo!

Finalmente el viento cesó y el árbol continuaba allí, derecho y firme sobre sus raíces.

—¡Gracias, Bruno! Te ganaste la merienda para todo el invierno —dijeron los insectos agradecidos. Y desde ese día dejaron cada mañana, un poco de miel para Bruno en un huequito del tronco.



Leonardo y Leopoldo

Leonardo y Leopoldo eran dos leoncitos testarudos. No había una sola vez que hicieran lo que su mamá les decía.

—¡Quédense tranquilos entre los matorrales! —les recomendaba cuando se alejaba para buscar comida—. Todavía son muy pequeños para ir de cacería. Pero ellos se sentían grandes y valientes.



—Mi rugido es casi tan fuerte como el de papá —se vanagloriaba Leonardo.

—Y mis garras son casi tan grandes como las de mamá —agregaba Leopoldo.

Una mañana, después de la partida de sus padres, ellos también se fueron de cacería.

Trataron de perseguir a las cebras y a los antílopes, pero tenían las patas muy largas, para que los dos leoncitos pudieran alcanzarlos.

—¡Mire ese avestruz! —dijo de pronto Leopoldo.

—¡Tiene la cabeza enterrada en la arena, no nos ha visto! —y se acercaron rugiendo a la gran ave corredora.

El avestruz no levantó la cabeza.

¡Sin embargo, levanto una enorme pata y con dos potentes patadas hizo volar lejos a los desobedientes leoncitos!

—¡Será mejor hacerle caso a mamá de ahora en adelante! —se dijeron regresando con la cola entre las patas.



Un amigo para Roberto

—¡No estés siempre pegado a mí! —decía mamá Canguro a su cangurito Roberto.

Pero Roberto se mantenía agarrado al marsupio: no quería saber nada de irse a jugar con otros cachorros.

Roberto era tímido, es más, era timidisimo. Había alcanzado desde hacia un tiempo la edad para hacerse un poco independiente, pero no tenía ninguna prisa en dejar el refugio caliente y seguro que su mamá tenía en la panza.

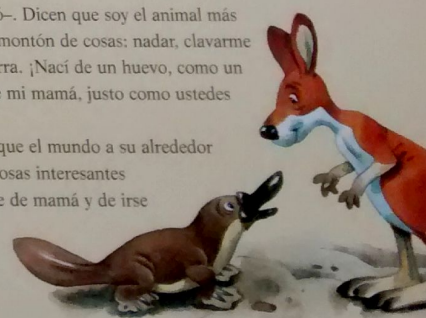
—¡Todavía soy pequeño, mamá! ¡No sé correr ni saltar bien como

los otros! ¡Nadie querrá jugar conmigo! —dijo un día. Pero su mamá lo alejó con un suave empujón. —¡Ve al laguito, verás que encontrarás con quien jugar!

Roberto fue al laguito, y entonces del agua salió un animal muy raro: parecía un ratón grande, pero tenía una gran cola plana y un pico y una patas parecidas a las de un pato. ¡El sí que era realmente divertido!

—Soy un ornitorrinco —se presentó—. Dicen que soy el animal más extraño del mundo. Sé hacer un montón de cosas: nadar, clavarme en el agua y caminar sobre la tierra. ¡Nací de un huevo, como un pájaro, pero luego tomé leche de mi mamá, justo como ustedes los canguros!

Roberto comprendió entonces, que el mundo a su alrededor estaba lleno de sorpresas y de cosas interesantes y curiosas. ¡Era hora de alejarse de mamá y de irse a explorar, con su nuevo y fantástico amigo!





Pilú y las bananas

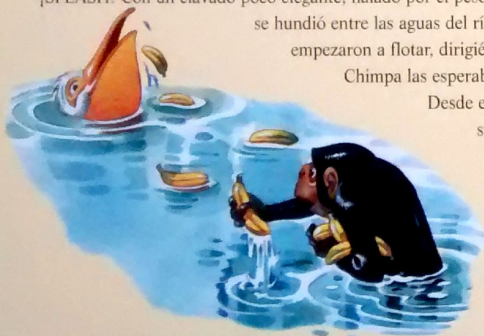


Pilú era un pelicano blanco, con un enorme pico en el cual tenía el horrible hábito de esconder todo lo que, por broma, le quitaba a los otros animales que vivían junto al río.
Pilú era sin duda un pelicano muy travieso.
—¿Qué habrá cogido hoy ese feo pajarraco?
—se preguntaron un día los cocodrilos, mirando al pelicano que sobrevolaba el río con el pico lleno hasta el borde.
—¡Mi reserva de bananas desapareció! —gritó en ese instante Chimpa, el chimpancé, señalando a Pilú que ya iba muy lejos—. ¡Fue él, lo vi bien!
Esta vez a Pilú se le había ido la mano. Al llegar a la mitad del río, notó que llevaba mucho peso. Sus alas ya no podían sostenerlo.

—¡Auxilio! ¡Me caigo! —gritó, pero ninguno de los espectadores acudió a ayudarlo.
—¡Te lo mereces! —respondieron.

¡SPLASH! Con un clavado poco elegante, halado por el peso en su pico, el pelicano se hundió entre las aguas del río. Inmediatamente las bananas empezaron a flotar, dirigiéndose hacia la orilla, en donde Chimpa las esperaba.

Desde ese día Pilú solamente usó su pico para pescar.



¡Coco, lávate los dientes!



Todos los días, después de comer, mamá Cocodrilo se hacía limpiar los dientes por una bandada de pequeños pájaros que sin miedo entraban entre su mandíbula abierta y picoteaban los restos de comida.
—¿Te limpiaste los dientes?
—preguntaba luego a Coco, su pequeño.

—¡Claro mamá! —mentía con frecuencia el cocodrilo, a quien no le gustaba nada ese ritual de limpieza.

Los pajaritos lo miraban sacudiendo la cabeza:

“Ese cocodrilo mentiroso necesita una lección”, pensaban.

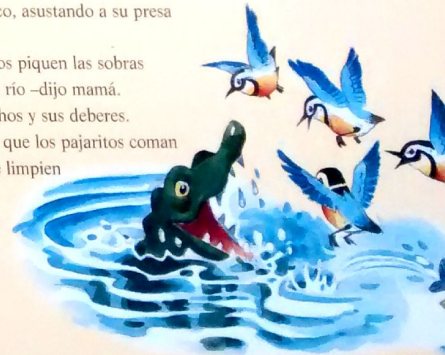
Y así, se pusieron de acuerdo: cuando Coco abría la boca para tragarse un pez, una nube de pájaros volaba frente a su hocico, asustando a su presa y haciéndola escapar.

—¡Tienes que dejar que los pajaritos piquen las sobras de lo que comes! Esa es la ley del río —dijo mamá.

—Aquí cada quien tiene sus derechos y sus deberes.

—¡Uno de tus deberes es permitir que los pajaritos coman y por eso tienes que hacer que te limpien bien los dientes!

Coco aprendió así la ley del río y también a no decir mentiras.





Un chimpancé muy vivaz



En las horas más calientes de la tarde todos los chimpancés de la selva descansaban acurrucados sobre los árboles, rascándose la barriga. Papás, mamás, abuelas y tías disfrutaban la sombra entre las ramas espesas, mientras los chiquitos hacían la siesta.

Sólo un miquito no descansaba nunca: Monito.

—¡Quédate tranquilo, Monito, deja en paz a tus hermanos y no molestes a los grandes! —le decía mamá.

Nada que hacer: Monito no dejaba de lanzarse de una rama a otra, de treparse y rodarse por los troncos, de lanzar nueces y bayas, de asustar a los pajaritos.

—¡Mirame mamá, mira como salto! —dijo un día tomando impulso para alcanzar una rama lejana.

—¡Cuidado Monito, esta vez no vas a poder...!

CRACK...PUM... ¡Ayyy! Con un gran ruido de ramas rotas Monito se cayó golpeándose la cola contra el suelo.

—¡Acabo de entender por qué tantos micos tienen la cola roja!

—dijo el miquito secándose una lágrima. Esa tarde todos descansaron en paz: ¡Monito se quedó tranquilo, acostado boca abajo sobre su rama!



16



La fiesta de los hipopótamos

Los hipopótamos son animales perezosos, a los que les gusta dormir todo el día y remojarse en el río.



Pero ninguno era tan perezoso como Hipo, un pequeño hipopótamo gordinflón.

—Mañana parto para una expedición en la selva —dijo un día el Gran Jefe de la manada.

—Hay una reunión de hipopótamos a algunas millas de aquí. ¡El que quiera, que me siga! Todos los jóvenes machos, y también algunas hembras, partieron a buena hora, galopando veloces entre la alta hierba (¿sabían que los hipopótamos pueden galopar muy rápido?).

Hipo vio cómo se alejaban mientras bostezaba.

“¡Están locos!”, pensó. “¡Es mejor quedarse aquí durmiendo!”

Durante el día, cuando se despertaba y abría un ojo sobre el agua plácida del río, se sentía afortunado y además muy astuto.

“¡Hice bien al quedarme aquí!”, pensaba.

Pero por la noche, cuando los otros regresaron, a su pesar tuvo que arrepentirse.

—¡Qué hermosa fiesta! ¡Qué delicia de bocados... y qué cantidad de juegos divertidos!

—contaban sus amigos quitándose la palabra el uno al otro.

¡Hipo de pronto dejó de sentirse astuto solo muy, muy tonto!



17



¡Buenas noches, abuela!

- Muy bien, mis pequeños! ¿Disfrutaron los cuentos? Ahora, ¡a la cama!
- ¿Abuela, puedo tener un collar de flores como el de Bella?
- ¡Yo quiero un poco de miel como el oso Bruno!
- ¡Y yo quiero jugar en los árboles como Monito, el chimpancé!
- Vamos a dormirnos ahora, abuela, pero antes, ¿puedes contarnos otro cuento?
- ¡Me gustaría un cuento de rinocerontes!

18

- ¡A mí uno sobre un leopardo!
- Abuela, ¿Alguna vez conociste una pantera?
- ¿Qué tal un cuento sobre un búfalo?
- ¿Y un coyote, abuela?
- Ya es suficiente, mis cachorritos! Mañana nos iremos de paseo: en nuestro viaje van a conocer todos esos animales. Entonces ellos pondrán sus propias historias, y muchas, muchas más.

19

—Abuela, cuéntanos un cuento
—piden los doce ositos a su abuela.
—Les contaré la historia de todos los animales
salvajes que he conocido en mis viajes
a través del mundo.

Una historia para cada osito:
algunos ositos son muy juiciosos, y otros no tanto.
Pero todas las historias te enseñan algo,
y de todas puedes aprender.



PANAMERICANA
EDITORIAL

